



CBPF

CENTRO BRASILEIRO DE PESQUISAS FÍSICAS

Ciência e Sociedade

CBPF-CS-003/86

ALGUNAS COMPARACIONES ENTRE ARGENTINA Y BRASIL SOBRE
EMIGRACION DE CIENTIFICOS Y PERSECUCIONES POLITICAS

por

Mario Giambiagi y Myriam M. Segre de Giambiagi

RIO DE JANEIRO

1986

RESUMEN

Se indican algunos factores vinculados a la emigración de científicos latinoamericanos en las últimas décadas. Se comparan modalidades de los procesos en Argentina y Brasil. Se destaca la influencia de las persecuciones políticas. Se plantea la necesidad de crear mecanismos para asegurar la estabilidad de las instituciones y la autonomía universitaria. Se defiende la búsqueda de un modelo propio de desarrollo, que no podría desperdiciar sus cuadros científicos.

"Aparte de los amigos, ¿quién quiere que volvamos y para hacer qué? Si es para mostrar que el país se está democratizando, no es necesario porque eso es evidente".

En ocasión de la propuesta del ministro de Ciencia y Tecnología para la repatriación de científicos, un diario brasileño [1] atribuyó este amargo comentario a Roberto Salmeron, físico radicado en Francia. Sin embargo, Brasil realiza un esfuerzo concreto para repatriar a los científicos que debieron emigrar durante el período militar. Más aún, existe en Brasil un esbozo de política científico-tecnológica. Las asociaciones científicas tienen peso ante la opinión pública y las autoridades. En particular, la "Sociedade Brasileira para o Progresso da Ciência" (SBPC) tuvo una influencia considerable en la democratización del país.

Brasilia fue la sede de un reciente debate sobre el mercado de trabajo para los post-graduados [2]. Cristovam Buarque, rector de la universidad de Brasilia, habló de la atrofia de la ciencia brasileña (hay 5.000 científicos desocupados) y alentó las protestas de la comunidad universitaria. Bautista Vidal, director de la Secretaría de Tecnología Industrial del Ministerio de Industria y Comercio, criticó el modelo económico adoptado por el país a fines de la década del 50, afirmando que la producción industrial está basada en paquetes tecnológicos que Brasil no domina, producidos por empresas multinacionales. Si Brasil no busca un camino propio, no existe la base que justifica la existencia de la universidad; por lo tanto, concluyó, si se cerraran las universidades la sociedad no sentiría su falta. Según Crodowaldo Pavan, presidente del "Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico" (CNPq), los científicos deben convencer a la sociedad de que la misión de la universidad es la de resolver los problemas básicos brasileños

y no tratar de que el país se transforme en una superpotencia.

Estas opiniones reflejan un cierto escepticismo en cuanto al futuro más o menos inmediato, en un país que tuvo un crecimiento promedio del PBI de 11,4% en 1968-73, 7,1% en 1974-80, -1,4% durante la recesión 81-83 y 6,4% con la recuperación económica en 1984-85. Es bien conocido que no hay una correlación social paralela a esas estadísticas económicas. La inversión en ciencia y tecnología en Brasil durante los últimos 5 años equivale al 0,4-0,5% del PBI aunque, sustrayendo la parte correspondiente a Petrobrás, organismos vinculados al desarrollo nuclear y otras instituciones de ese tipo, se reduciría a un 0,2%. Muy inferior al de los países desarrollados y semejante al de otros países en desarrollo [3], aunque Cuba ya dedicaba a ciencia y tecnología 1,2% de su PBI antes de 1970[4].

Las persecuciones políticas a figuras intelectuales, que debieron alejarse de los centros de enseñanza e investigación brasileños con el golpe del 64, fueron analizadas por diversos autores [5]. La universidad de Brasilia fue invadida poco después y la represión se agudizó en 1969. En varios institutos se exoneró a los investigadores de nivel más alto, produciéndose exilios externos e internos. En 1970, por ejemplo, ocurrió la "masacre de Manguinhos": se expulsó a 10 directores de grupo del Instituto Oswaldo-Cruz. Hoy no se percibe en Brasil una tendencia de los científicos a emigrar, a pesar de las dificultades existentes.

En Argentina, el período sombrío comenzó con el golpe militar de 1930. En octubre de 1943, todos los profesores universitarios firmantes de un manifiesto por la "democracia efectiva y solidaridad americana" fueron inmediatamente alejados de la cátedra. Era en plena guerra y el país vivía sofocado por el golpe militar del 4 de junio de 1943, orientado por el Grupo de Oficiales Unidos (GOU) a cuyo frente se encontraba el entonces coronel Perón. Entre otros, firmaban ese manifiesto Bernardo Houssay y J.T. Lewis. Félix Cernuschi y Risieri Frondizi tuvieron que abandonar la universidad de Tucumán. En pleno

gobierno constitucional, entre 1946 y 1947, con la intervención a las universidades, fueron dejados cesantes 2.000 profesores (aproximadamente 70% de los docentes universitarios) [6].

Resulta paradójal que la Universidad argentina haya vivido su época más brillante a partir de un golpe militar (1955). En 1955-66 la universidad, en la cual la Reforma Universitaria tuvo vigencia, respetó la libertad docente y de pensamiento. Antes y después, la persecución y el sectarismo dieron la tónica del clima imperante. Esta época terminó con la caída del gobierno constitucional presidido por Illia. Casi solitaria, la Universidad de Buenos Aires hizo oír su voz contra el golpe de 1966 y eso apresuró quizás su invasión policial durante la "noche de los bastones largos": unos 1.500 docentes renunciaron inmediatamente. Con el fin de la libertad de expresión y de pensamiento, acababa también la de investigación.

A pesar de la doctrina militar de la Seguridad Nacional implantada en 1966, se "infiltraron" en la universidad y en el CONICET algunos profesores científicamente competentes y moralmente subversivos según esa doctrina. Vino luego la equívoca experiencia universitaria de 1973, orientada por la auto-denominada izquierda peronista. El gobierno constitucional expulsó a más de 1.000 docentes en 1974. El régimen militar instaurado en 1976 completó esa tarea, "purificando" todos los ámbitos de la ciencia y la cultura. Se reactivó, con mayor coherencia, la doctrina de la Seguridad Nacional; los expulsados fueron condenados a la muerte civil (cuando no a la muerte física). Muchos emigraron, otros optaron por una migración interna hacia otras actividades.

Es una realidad histórica de la cultura latinoamericana [7] que, toda vez que las universidades manifestaron su independencia frente a dictaduras o gobiernos constitucionales autoritarios se transformaron en blanco obsesivo de esos regímenes, que volcaron contra ellas una represión llena de odio (e incluso de miedo), porque el simple ejercicio de esa independencia resulta un acto subversivo. De ahí la importancia de la autonomía universitaria, tan combatida por los reaccionarios

y los populismos autoritarios.

Argentina exhibe tristes ejemplos de científicos competentes que se definen apolíticos pero, de hecho, apoyan medidas tomadas por los regímenes autoritarios [8]. El CONICET, dirigido por B. Houssay, aceptó a fines de 1966 la injerencia de los servicios de seguridad en las solicitudes de ingreso a la carrera del investigador [9]. La gran mayoría del directorio, integrado por conocidos científicos, acató la exigencia. Destacados científicos de la universidad de Harvard y el MIT manifestaron al gral. Onganía su inquietud por la "emigración, desde América Latina, de sus mejores científicos y médicos" [10a]. Veinte científicos argentinos respondieron irónicamente [10b] que "aunque tuvimos numerosos problemas, especialmente en 1966, consideramos que la situación es buena respecto de lo que ocurre en otras partes de nuestro conturbado mundo". En agosto de 1976, algún miembro de aquel directorio del CONICET de 1966 integró una comisión que colaboró con un organismo de la Marina para estudiar el desarrollo de la investigación en la Universidad de Buenos Aires [11]. Después de 1976, el régimen se sirvió de algunos científicos de valor para forzar una fachada de respetabilidad que los hechos cotidianos negaban con cruel evidencia [12].

A principios de los años 70, científicos y técnicos comenzaron a organizarse en asociaciones profesionales. Varios colegas insistían en poner como ejemplo la política científica de Brasil; en realidad elogiaban los sueldos que recibían sus investigadores, soslayando la persecución a los científicos y la represión general. Muy pocas de dichas asociaciones firmaron una declaración solicitando "la verdad" sobre los fusilamientos de Trelew en 1972. Ni aún éstas se manifestaron cuando la matanza del 20/6/73 en Ezeiza.

Desde entonces y hasta la agonía de la dictadura, la comunidad científica argentina no se expresó sobre derechos humanos. Es cierto que el silencio fue casi unánime y no cabe exi-

gir actitudes heroicas como las que asumieron algunas personas.

En 1976, además de las universidades, se agredió a otros institutos científicos civiles, como el Instituto Nacional de Tecnología Agropecuaria (INTA), el Instituto Nacional de Tecnología Industrial (INTI), la Comisión Nacional de Estudios Geoheliofísicos (CNGH). En todos ellos, hay colegas desaparecidos.

La Comisión Nacional de Energía Atómica (CNEA) es un caso particular. Se puede decir que -a lo largo de más de 30 años de existencia- fue el instituto menos afectado por las convulsiones político-militares; hasta diciembre de 1983, la CNEA estuvo siempre dirigida por miembros de las Fuerzas Armadas. Desde su creación, los organismos de seguridad tuvieron injerencia en ella, ocupándose de evitar la entrada de científicos con ideas "indeseables". Su estabilidad, y un presupuesto muy privilegiado respecto al de cualquier otra institución donde se hiciera investigación, contribuyeron al desarrollo de la CNEA. Aún hoy causa perplejidad que algunos colegas de ese organismo intuyeran que calle de por medio "ocurría algo" en el período 76-83, pero logran no enterarse de lo que realmente sucedía.

Durante el período mencionado se generó, en muchos institutos, una actitud mental que mantenía a los científicos ajenos a las solictaciones de la realidad circundante. Se perdía el perfil individual, puesto que su preservación implicaba riesgos que iban desde la pérdida del empleo hasta otros mucho más graves. La autocensura (como manifestación exacerbada del miedo) es una de las consecuencias más evidentes de estas condiciones de trabajo [12].

Considerando la "fuga de cerebros" en términos de transferencia de recursos hacia los países desarrollados, citemos algunos datos de la Conferencia de la ONU sobre Comercio y Desarrollo (UNCTAD-1976) [13]. La contribución de América Latina, entre 1961 y 1972, fue equivalente a 8.545 millones de dólares, la tercera parte de su deuda externa; significó la pérdida de 32.500 investigadores, profesionales y técnicos, emigrados prin-

principalmente a Estados Unidos, Canadá e Inglaterra.

La inversión del proceso histórico argentino se puede ubicar a comienzo de la década del 60. Argentina era un país receptor de la corriente migratoria, base de su composición demográfica; pasó a serlo de emigrantes, en particular de cuadros profesionales [14]. La producción de estos cuadros siempre fue muy alta en proporción al número de habitantes, y privilegiada en América Latina. En la década 61-70, con un crecimiento del PBI del 4,3% (Brasil 6,0%), la emigración tuvo también connotaciones económicas, aunque sería quizás más ajustado llamarlas "de buena vida". Esto puede sólo haberse acentuado posteriormente, dado que en el período 71-80 el PBI creció en 2,6% (Brasil 8,8%) y en 1981-85 este índice fue negativo, -2,1% (Brasil 1,6%). Se calculó que hacia 1961 había 4.000 médicos argentinos radicados en Estados Unidos. Hubo una emigración importante hacia Brasil. En 1981, la mayoría de los profesionales liberales que hicieron esta opción fueron ingenieros, para quienes se reducía el mercado de trabajo argentino [15].

No olvidemos la migración interna, que no consta en las consideraciones anteriores. Las empresas multinacionales se nutren en nuestros países de mano de obra competente, barata para ellos, pero cuyos sueldos suelen ser superiores a los de las empresas nacionales, ya sean estatales o privadas. Esto constituye una verdadera sangría y no sabemos si su cuantía en divisas ha sido determinada con alguna precisión.

En Brasil, la migración ha sido más interna que externa. Ya en la década del 60, Argentina pertenecía al grupo que lideraba la emigración de profesionales altamente calificados dentro de los países de América Latina, mientras que Brasil aparecía en un segundo grupo [16].

A comienzo de la apertura democrática en Brasil, surgió la situación paradójica de que científicos expulsados de institutos argentinos fueran contratados (algunos con carácter permanente) en instituciones brasileñas, aún pasando por el control de los organismos de seguridad. El régimen militar

brasileño actuó con más inteligencia que el argentino. No sólo no expulsó en masa a los profesores progresistas, sino que admitió a científicos perseguidos en otros países del Cono Sur. En Argentina, aún entre aquéllos que emigraron por razones no políticas, hubo desaliento ante la inestabilidad política, la ausencia de libertades públicas y -quizá- la falta de identificación con el país. Todos los factores se exacerbaron entre 1976 y 1983, y el temor a perder la vida pasó a ser una motivación para emigrar, incluso para profesionales que "no estaban metidos en nada".

En síntesis, nos interesa subrayar que las causas políticas han sido una componente fundamental en la emigración de científicos desde América Latina, con peso proporcional a la dureza del régimen de turno. Es un hecho que las interrupciones de los ciclos institucionales marcaron picos en esa emigración [8,14]. Por eso debemos buscar mecanismos para asegurar la continuidad y estabilidad del trabajo científico, impidiendo el avasallamiento de la autonomía y la dignidad universitarias, identificadas con nuestra propia dignidad y autonomía; esto exige una actitud ética consecuente.

El desarrollo de nuestros países debe aprovechar los aciertos de las naciones más industrializadas, dejando de lado sus manifiestos errores; volvemos así a la reflexión de Bautista Vidal. El desarrollo de América Latina -como el de Africa y Asia- requiere un modelo propio. Y para ello ¿no necesitaríamos "construir un nuevo sistema de saber e investigar"? [17]. Es cierto que la construcción de ese modelo implica una transformación estructural que trasciende a la universidad y demás instituciones científicas. Pero nos cabe un papel en contribuir a forjar la mentalidad cultural necesaria para ese proceso. Las universidades, junto con los institutos de investigación estatales civiles deben ser lugares naturales donde existan condiciones para "hacer ciencia", de aplicación mediata o inmediata, teniendo en cuenta los intereses sociales, co-protagonizando esa tarea transformadora (como preconiza Crodowaldo Pavan para Brasil).

Cuando nos preocupe menos la "brecha tecnológica" -que difícilmente disminuirémos- y encaremos con otro criterio la resolución de los problemas, habremos efectuado un cambio crucial en nuestro sistema de referencia.

Perderían entonces sentido las tristes palabras del epígrafe, porque nuestros países no podrán darse el lujo de desperdiciar a sus científicos, cuya dispersión por el mundo interesa a las fuerzas dominantes que retardan la marcha de nuestra historia.

REFERENCIAS

- [1] Jornal do Brasil, 29/12/85, Río de Janeiro.
- [2] Jornal do Brasil, 26/4/86, Río de Janeiro.
- [3] F.S. Erber, E.A. Guimarães, J. Tavares de Araujo Jr, "Encontro Nacional da Indústria" (ENIND), octubre 1984, Río de Janeiro.
- [4] A.O. Herrera, "Ciencia y política en América Latina", Siglo XXI, México (1971), p.183.
- [5] H.M. Nussenzveig, 1er Congreso Latino Americano de Física, Oaxtepec, México, 29/7-3/8 (1968). H. Lent, "O massacre de Manguinhos", Avenir Editora, Río de Janeiro (1978).
- [6] A.A. Lattendorf, Sagitario, Nº 5, enero-febrero 1956, Buenos Aires, p.58.
- [7] M. Giambiagi, Ci. e Cult. 37, 1815 (1985).
- [8] M.S. de Giambiagi, M. Giambiagi (con seudónimo Julio L. Conde), La República, París, Nº 24, mayo 1983, p. 9.
- [9] M.S. de Giambiagi, M. Giambiagi, Ci. e Cult. 35, 1442 (1983).
- [10] a) Science 167. 1321 (1970); b) Science 169, 534 (1970).
- [11] Armada Argentina (Servicio Naval de Investigación y Desarrollo), SIID, DCI-NT 1/76.
- [12] M.S. de Giambiagi, M. Giambiagi, Asamblea Nacional hacia la Democracia, 17/9/83, organizada por la Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (APDH)..
- [13] La Nación, 22/5/76, Buenos Aires.
- [14] J.A. Sábato, "Ensayos con Humor", Ediciones de la urraca, Buenos Aires (1983), p.62.
- [15] Folha de São Paulo, 4/10/81, São Paulo.
- [16] M. Wschebor, "Imperialismo y universidades en América Latina", Biblioteca de Marcha, Montevideo (1970), p. 71.
- [17] J. Leite Lopes, Ci. e Cult. 29, 183 (1977).